

El viaje de Nephesh

cronicas del laberinto

El viaje de Nephesh



Ramiro Carvajal

Copyright © 2025 Ramiro Carvajal

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabaciones u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Publicado a través de Brave New Books

www.bravenewbooks.nl

Contacto: imailramiro@gmail.com

Todas las ilustraciones/fotografías han sido realizadas por el autor y Julide Aytug y están protegidas por derechos de autor.

Primera edición: 2025

Sin Esperanza

Mucho tiempo atrás, en un pueblito muy ignorante y atrasado, nació un niño. Los habitantes del pueblito no solo eran muy ignorantes, también eran conocidos por ser estúpidos. A cada persona no le gustaba saber nada y tampoco estaban interesados en aprender.

El niño creció en medio de ellos, era un niño único, porque siempre preguntaba cosas sobre la vida y quería saber más de la naturaleza. Cuando el niño creció, y se convirtió en un joven, nadie del pueblo lo quería. Uno, porque siempre quería saber y aprender. Dos, porque su madre fue conocida en el pueblo como una mujer sabia. Se decía que su madre había muerto el mismo día en que él nació... y que su padre, un joven considerado una gran autoridad en aquellos tiempos, lo había abandonado cuando él tenía apenas tres años. Eso fue lo que él oyó alguna vez. Un murmullo. Un susurro que nunca se atrevieron a confirmarle directamente. No tenía hermanos ni hermanas, era hijo único. El joven vivía con sus abuelos, pero estos no sentían amor hacia él. El pueblo donde vivía el joven se llamaba Villa Pobre.

La vida del joven era de pocos recursos, literalmente no había nada en el pueblo.

Nada para entretenerse como joven y menos un lugar de reunión para hacer amistades.

Su vida era de mucha soledad, no tenía amigos; la vida no le brindaba ningún horizonte alegre. Para su desdicha sus abuelos eran personas malvadas y egoístas, simplemente no querían al chaval, lo mínimo que hacían era darle comida. Comida vieja, cada cinco días, y a veces no le daban nada; porque escondían la comida para su propio estómago hambriento. Hasta el perro de la casa sentía pena por este joven.

Creciendo en esta pésima situación, el chico estaba totalmente entregado en las manos de los abuelos malvados. Y si esto no fuera suficiente, el hambre que siempre tenía por saber más murió lentamente. Despreciado, ignorado, rechazado, por los abuelos y sus otros familiares, cada vez más el joven se adentró en su propio mundo. Todos estaban en contra de él y no les interesaba como él se sentía. Le decían el bastardo. Así se burlaban y criticaban a cada momento de él. Sus rasgos eran de tamaño pequeño, cuerpo robusto, cara morena y ojos oscuros. Mientras todos sus familiares eran de ojos claros y pelo rubio. Poco a poco el joven perdió las ganas de hablar y menos de defenderse a sí mismo. Y como las arenas movedizas que lentamente lo succionan todo, así sus habilidades comunicativas desaparecieron

lentamente bajo las palabras malignas. Su vida se formó en un ambiente hostil donde la atmósfera siempre estaba tensa. Sus abuelos y otros familiares nunca perdieron una oportunidad de burlarse de él. Usaban cada ocasión como se le daba la gana. Decían con maldad que él fue encontrado al lado de un basurero y que no pertenecía a la familia. Usando el argumento que solo al mirar al espejo se demuestra la diferencia.

A pesar de todo el maltrato, humillaciones y rechazos que él sufría diariamente en su vida, siempre había una fuerza que visitaba al corazón del joven. En ese momento siempre alzaba su cabeza para ver qué era lo que estaba tocándolo. En las noches, cuando el sol ya se escondía y la luz brillante de la luna mostraba las esquinas de su cuarto, este joven miraba hacia afuera por su ventana rota y anhelaba sentir de nuevo esa fuerza única. Porque al sentir este poder llegar a su cuerpo, una calma instantánea se apoderaba de él, y le daba claridad en su mente. Gracias a esto tenía las fuerzas y ganas de pensar sobre algunas cosas. Una de las que más le preocupaba era acerca de quiénes eran sus padres. Un día le preguntó a los abuelos sobre el origen de sus padres, pero lo único que él recibía como respuesta eran dichos negativos saciados con un olor fragante de odio. Ese odio quedaba colgando en el aire y por eso el joven se rindió y jamás volvió a preguntar. Algunas veces él escuchaba una voz acompañada con la fuerza; esta voz le decía que estaba destinado a grandezas. Su corazón guardaba estas palabras y no compartía esta experiencia con nadie. Porque sabía, que al hacer esto se protegía a sí mismo y se consolaba con la idea que algún día recibiría la respuesta acerca de todo esto.

Así pasaban las estaciones del año, con el joven en cada instante maltratado y depreciado por sus familiares. Pero querido por el perro de la casa, a menudo el perro lo visitaba en su cuarto, lo miraba con ojos tristes. Y si el perro lograba hacer contacto visual con el joven, de una saltada iba sobre él y con su gran lengua morada lamía la tristeza del joven. Moviendo la cola y levantando las patas lo abrazó, pero al escuchar la voz del abuelo se arrancaba inmediatamente de la presencia del joven. Pasó el tiempo y los años también, las facciones del joven dieron paso a la época en que todo hombre debe marcar su territorio y fue entonces cuando lo imaginable pasó, algo que turnaría su vida para siempre. Fue un día como todos los días para él, era un día lindo con un sol brillante, pájaros cantando sus mejores canciones

y no había ninguna nube en el aire. No había nada nuevo bajo el sol después de tantos años de humillación. El joven estaba más muerto que vivo sentado en su cuarto. De repente su abuelo entró saltando a su habitación. Se lanzó sobre él y lo tomó con fuerza en una posición de agarre. Y sin usar una palabra, solo mirándolo con esos ojos furiosos, lo ató de los brazos y luego las piernas, todo esto con una brusquedad infernal. La cual, solo pudo lograr por la ira y odio que sentía hacia él. Cuando el viejo terminó con su acto malvado, tomó una bufanda sucia y apestosa y la ató alrededor de los ojos del joven. Después de esto lo agarró por el pelo y rasgándolo por encima del piso lleno de mugre, suciedad y clavos; lo llevó hacia afuera. El día parecía estar indiferente a la maldad del abuelo. Mientras tanto el muchacho trataba de liberarse pateando y retorciéndose, el abuelo con mucha fuerza e ira lo subió en la parte trasera del remolque. Subió al caballo, y miró hacia el joven con desprecio. Luego la abuela salió riéndose y bailando en la puerta de la casa. Haciendo gestos de despedida al muchacho. Aunque él no pudo ver nada, sí podía escucharla. Este fue el último sonido que escuchaba de su abuela. Sabiendo que su abuela estaba festejando esta crueldad, el corazón del joven se encogió lentamente por dentro.

—¡Anda, caballo de mierda! —gritaba el abuelo. El caballo echó a correr con prisa, y así partieron, dejando la casa por primera vez en su vida. El animal corrió por caminos chicos, angostos, amplios y colinas, donde los caminos te invitaban a morir por lo peligroso que eran. Mientras el joven lloraba, sin entender qué iba a pasar con él, el polvo del camino acariciaba su pelo negro como si fuera rocío de verano en las montañas. El sudor corría como una fila de hormigas por su espalda hacia sus calzones. De repente sentía un rayo de orina correr por su pierna derecha, una vergüenza calentaba su pecho por lo sucedido. Mientras el joven sentía todo esto, el viejo abuelo comenzaba a murmurar una canción fúnebre. El joven, al oír esto, sabía que su tiempo había llegado y que iba a morir. Al darse cuenta de esta verdad, todo dentro de él se congeló. El miedo se apoderó de él. En este instante, con más fuerzas, intentaba liberarse como un pájaro que cayó en la trampa del cazador. Pero nada ayudaba, pues el cordón de la maldad estaba demasiado bien puesto por el abuelo malvado. Comenzó a gritar, suplicándole al abuelo que no lo matara.

—¿Por qué haces esto, abuelo? Recuerda que soy tu nieto. ¡Por favor, ten misericordia!

Pero el abuelo, como la muerte misma, no respondió ni se movió. Era como un esqueleto inerte, sin emoción, sin vida, sin una pizca de empatía hacia su nieto.

El abuelo comenzaba a gritar con más rabia: —¡Anda más rápido, caballo!

El joven sentía una profunda desesperación y comenzó a vomitar en el carro. Mientras lo hacía, el abuelo soltaba la risa más cruel del mundo.

Nada —pero absolutamente nada— estaba a su favor en aquel hermoso día. Era como si la madre fortuna hubiese pesado su alma en la balanza, y la hubiese hallado demasiado liviana para esta vida.

Mientras las ruedas del carro rebotaban arriba y abajo, el joven saboreaba sus propias lágrimas: sus labios estaban empapados en un dolor amargo. Su cabeza dio vueltas... hasta que se desmayó

—¡Despierta, mocoso! —gritaba el abuelo, y le tiró un balde de agua helada.

Mientras el joven trataba de entender si estaba vivo o muerto, el abuelo volvió a tomarlo por el pelo y lo arrojó al suelo. Sin pronunciar palabra, le quitó la venda de los ojos. Lo miró fijamente durante un par de minutos. Los ojos del abuelo eran claros, pero también oscuros y vacíos. Eran ojos de muerte y rencor. Fue entonces cuando el joven lo vio realmente que era su fin. Y con una mirada, la cual puede ser es más cruel que una enfermedad mortal, volvió a poner la venda sobre sus ojos. Eso fue la última imagen que el joven vio de su abuelo malvado. Con sus manos sucias y uñas largas lo arrastró dentro de un bosque grande que nadie se atrevía entrar y menos cruzar. Era conocido por los habitantes como el Bosque de la Tragedia del Pícnic. La leyenda cuenta que, alguna vez, una familia compuesta por un padre, una madre y tres niñas salió alegremente de su casa en un día de verano, con rumbo a un pícnic en el bosque. La apariencia de aquel bosque era colorida, y sus tonos invitaban a quienes lo miraban a acercarse sin temor. Así ocurrió con esta familia, en un día en que el sol brillaba maravillosamente y todo parecía tranquilo. El padre tuvo la brillante idea de almorzar en el bosque. Entraron en él... y nunca más salieron. Se dice que, en las noches de verano, cuando el sol está en su punto más alto, pueden oírse los gritos de angustia y los ruegos de auxilio de aquella familia saliendo del bosque.

Desde entonces, nadie se atrevió a entrar ni a acercarse al bosque horriblo, que por fuera parecía hermoso, pero por dentro albergaba cosas terribles.

El joven protestaba y le suplicaba al abuelo que no hiciera lo que tenía planeado, aunque no sabía con certeza cómo pensaba matarlo.

Mientras era arrastrado boca abajo por la tierra, pasto, barro, mugre y todo tipo de malezas se le metían en la boca. El sol dejó de alumbrar, y el día caluroso se transformó en una tarde de vientos fríos y cielo oscuro. Tras varias pausas y horas de caminar, el abuelo llegó al lugar. Allí comenzó a golpear brutalmente al joven, con puñetazos en el estómago y la cabeza. Cuando vio que estaba completamente debilitado, le quitó la venda y las cuerdas. Mientras el joven sufría por el dolor, el abuelo, con maldad en el alma, lo arrojó a lo que parecía ser un hoyo de inmensa profundidad. Era tan profundo que resultaba imposible para cualquier ser humano salir de allí. Condenado a una muerte cruel en aquel hoyo, el joven se preguntaba por qué le pasaba eso a él. El abuelo malvado no dijo nada; lo miró con una sonrisa perversa, se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad. Convencido por la dureza de su realidad, el joven lloraba a gritos. Pedía ayuda, sin saber que se encontraba en el bosque más cruel: un bosque que devora a los seres humanos. Mientras esperaba a alguien que pudiera rescatarlo, observaba sus muñecas magulladas por las cuerdas. Se abrazaba a sí mismo, intentando consolarse de todo lo vivido. En ese instante, cerró los ojos e imaginó que estaba acostado en su cuarto, recordando la voz de aquella fuerza que solía visitarlo cuando se encontraba solo. Pero, para su desgracia, ni la voz ni la fuerza estaban con él. Cayó la noche, y el joven volvió a gritar pidiendo ayuda. Solo escuchó los alaridos de animales y criaturas sombrías; al oír aquello, enmudeció. Pasaron las horas... los días lluviosos... días de viento, calor y frío. Momentos de sed y hambre. Hasta que, finalmente, un día, el joven no pudo más: sentía que su vida estaba por escapar de su cuerpo.

En ese momento en que sentía que iba a morir, el joven escuchó una voz suave que le hablaba desde lo alto de su cabeza. La voz le preguntó cómo había llegado a ese estado. El joven apenas tenía fuerzas para levantar la cabeza y respondió que su abuelo malvado lo había arrojado al hoyo. La voz, con empatía, le prometió sacarlo de allí. Entonces sintió que algo se movía bajo su cuerpo: la tierra misma comenzaba a elevarlo hasta llegar al nivel donde estaba la voz. Cuando llegó, abrió los ojos... y vio una lechuza. No podía creer que fuera ese animal quien le había hablado, y mucho menos que lo estuviera ayudando a salir. Pensó que aún estaba soñando, imaginando que un

animal simpático y hablador venía a rescatarlo de su miseria. Pero al recobrar el sentido, se frotó bien los ojos y volvió a mirar: lo que ocurría era real. Entonces, el animal le habló: —Tranquilo, pequeño ser humano. Estás a salvo conmigo. Cierra los ojos y duerme. Mañana conversaremos.

Al día siguiente, el joven se despertó dentro de un árbol. Pero no era un árbol cualquiera: tenía varias habitaciones y entradas secretas, adornado con espacios para comer, dormir e incluso entretenerse. Era un enorme milagro de la naturaleza, con raíces profundas que recorrían casi todo el bosque.

La forma y el carácter robusto del árbol lo hacían aún más respetado por todos en el bosque. El joven caminaba por sus habitaciones hasta que vio, delante de él, una gran mesa llena de frutas y todo tipo de verduras. Sin preguntar ni dudar, el joven comió todo como un chanchito hambriento. Mientras llenaba su estómago con comida, no desconfió del jugo frente a él y lo bebió con desesperación: estaba deshidratado, con los labios agrietados. En medio de aquel festín, entró la lechuza. El joven la miró con los ojos muy abiertos, como un pez fuera del agua, y la boca llena de frutas. La lechuza le sonrió y dijo: —Parece que alguien tiene hambre. Ejem... permiso, me presento: soy el guardián de este bosque. Me llaman el Lechuzón Minerva. Debes tener muchas preguntas. Por ejemplo: ¿cómo diablos puedo hablar? Y la otra, más lógica, sería: ¿dónde estás? Pero dime primero: ¿dormiste bien? ¿Y cómo te llamas?

—Sí, sí dormí bien... y gracias por salvarme. Tenía mucha hambre, así que comí de todo. Ojalá eso no sea un problema. Lo único que sé es que una vez me llamaron Nephesh. Pero cuando eso pasó, mi abuelo de inmediato dijo que era un error. Y desde entonces, solo me llamaron con apodos estúpidos. Así que... Me llamo Nephesh.

—Ejem... ustedes, los seres humanos, son conocidos en este bosque por sus estupideces, así que no me sorprende nada. Mira, joven Nephesh, te encuentras en mi casa, y mi casa está ubicada en el bosque llamado Sin Esperanza. Dentro de este bosque inmenso se encuentra un laberinto, y solo podrás salir si encuentras el centro. Así que seré sincero: no hay otra forma de volver a tu casa. Ejem... el laberinto está en un lugar muy bien escondido. Yo te llevaré hasta allí, pero solo cuando vea que estás lo suficientemente fuerte. ¿De acuerdo?

Nephesh, todavía dominado por el efecto de la comida y sin haberse recuperado del susto, comenzó a bostezar. —De acuerdo... muchas gracias, Lechuzón Minerva.

Nephesh, aún debilitado y sorprendido por todo lo sucedido, se tomó su tiempo para hablar con Minerva. Pasaron horas —y a veces largas noches— conversando sobre todo. Como había sido maltratado y alejado de cualquier tipo de sabiduría, Nephesh tenía dificultades para expresarse. Al notar esto, Minerva lo ayudaba con paciencia. Todo lo que emergía del corazón del joven, lo guiaba con cuidado: algunos días en silencio, y otros, con palabras sabias y consejos prudentes.

Hasta que llegó el día en que Nephesh se sintió verdaderamente confiado con el Lechuzón. Por primera vez en su vida, sintió en el corazón que había encontrado un amigo. Y también llegó el día en que Nephesh se mostró fortalecido ante los ojos de Minerva. Entonces le hizo entender que había llegado el momento de prepararlo para su partida hacia el laberinto.

—Ejem... mi pequeño amigo, escucha bien, porque solo te lo diré y lo explicaré una vez. No sé mucho sobre la construcción ni la maquinación del laberinto. Solo te diré lo que sé. La entrada del laberinto está compuesta por muchos caminos. Algunos son amigables, otros te engañan. Los amigables te conducen por la senda correcta... los otros, bueno, para qué decirte más —me entiendes. No solo hay caminos, también hay puertas. Pero no son puertas como las que tú conoces: son puertas mágicas, con forma de una flor específica. A simple vista, no las ves; por lo tanto, es fácil pasarlas por alto. Si descubres que ya no puedes avanzar más en el laberinto, es posible que te hayas saltado una de esas puertas. Y ten mucho cuidado, porque también hay caminos que te llevan directamente a la muerte. —En total, son trece puertas que debes abrir para entrar; no puedes dejar ninguna sin abrir. Pero te digo: no te dejes engañar. Solo una de ellas te llevará al centro, donde encontrarás la manera exacta de salir del bosque. Además, algunas entradas son tan falsas y exigentes que no te dejarán pasar con facilidad. Incluso hay puertas que engañarán a tus ojos y a tu mente. Es complicado explicártelo bien... pero existen salidas secretas que pueden llevarte directamente a otra entrada. Y hay otras que no tienen salida, y allí deberás regresar al camino del laberinto. Por eso, debes ser fuerte y valiente. No desfallezcas. Sigue buscando otros caminos.

Y una última cosa: ten cuidado de no relajarte demasiado. Porque quedar atrapado en el laberinto, y andar por el mismo camino durante demasiado tiempo... significará la muerte para ti.

Mientras Nephesh escuchaba, lo invadía un miedo profundo. —¿Pero Minerva, cómo voy a alimentarme o beber algo? Lo más seguro es que me muera de hambre y sed.

—Ejem... el laberinto proveerá milagrosamente todo eso. No tendrás necesidad de bañarte ni de cambiarte de ropa: quedarás siempre limpio, mientras estés con vida. Así es la magia del laberinto. Pero solo durará un tiempo; de repente, dejará de proveer. Por eso, no debes tomar a la ligera lo que te digo. El laberinto no perdona, así que no pierdas el tiempo. Reitero una vez más: la única forma de salir del bosque Sin Esperanza es hacer todo lo posible por llegar al centro del laberinto y atravesar todas sus entradas. No seas porfiado. Observa y escucha bien.

Al terminar de dar las instrucciones, Minerva abrió sus alas de sabiduría y, con una sola movida de su cabeza, le hizo entender a Nephesh que había llegado el momento. Con el corazón en la garganta y las piernas temblando, el joven subió a la espalda del Lechuzón. Una vez allí, este se lanzó desde el árbol magnífico y, con rapidez y elegancia, surcó el bosque terrorífico. Nephesh sintió, por un pequeño segundo, la libertad que tanto anhelaba. Mientras volaban, vio todo tipo de animales que nunca había visto: bestias de diferentes colores y tamaños, con formas esplendorosas. Minerva descendía y ascendía entre los árboles gigantescos, y en medio del vuelo, Nephesh vio a su abuelo malvado. Estaba en sufrimiento, en un tormento terrible. Un grupo de bestias lo había acorralado y devoraba la carne de sus huesos mientras él gritaba por socorro. Al presenciar tanta crueldad, el joven cerró los ojos y sintió pena en su corazón.

Luego, escuchó otros gritos que venían de debajo de algunos árboles. Eran de la familia Pícnic. Antes de que pudiera preguntar a Minerva quiénes eran esas personas, el Lechuzón le explicó que no perdiera su tiempo ni su energía en ese tipo de preguntas. Volando con sus alas inmensas y poderosas, Minerva aceleró aún más, hasta llegar a la entrada del laberinto.

—Ejem... hemos llegado, mi pequeño Nephesh. Es hora de despedirnos. Que te vaya bien... y procura no morir dentro del laberinto.

—¡Minerva, espera! ¡No te vayas tan rápido! ¡Tengo miedo!

—Pequeño, no puedo hacer nada más por ti. Esto fue lo máximo. Ahora estás solo. Esfuérzate, debes ser muy valiente. Ve, entra... y no te olvides de todo lo que te dije. Sigue el camino correcto y llegarás al centro. Ahora me iré. Debo volar en la oscuridad, velando por el bosque. Recuerda que soy el Guardián

—Sí, lo sé... pero me da miedo entrar solo.

—Eso es muy normal, no sabes lo que te espera ni cómo comenzar es así la naturaleza humana.

Mientras Minerva seguía dándole ánimo, los ojos de Nephesh se fijaron en un texto.

—Mira, hay un texto sobre la entrada.

—Dice: Grata ad labyrinthum tui vita finis. —No entiendo lo que dice. Dime tú, Minerva... ¿qué significa eso?

Minerva repitió las palabras en voz baja, como si cargaran un antiguo eco.

—Es latín —dijo—. Significa: *“Bienvenido al laberinto: el fin de tu vida.”*

Minerva bajó ligeramente la cabeza y clavó su mirada profunda en los ojos temblorosos de Nephesh. —Aunque suena esperanzador, no te confundas... El “fin” puede ser salvación, pero también puede ser destrucción. Todo depende de lo que hagas dentro.